

El castillo franco de Biblos, construido por los cruzados en el siglo XII como fortín de defensa en la costa del Líbano, es aun hoy una imponente construcción que domina la ciudad.

Las tres primeras cruzadas

por MIGUEL ANGEL LADERO QUESADA

Finalizaba el año 1095 cuando el pontífice Urbano II, en pleno apogeo de la primera lucha contra los emperadores por causa del problema de las investiduras, lanzaba ante los doscientos sesenta y cuatro obispos y cuatrocientos abades, y ante los representantes eclesiásticos y embajadores de los poderes políticos reunidos en el concilio de Clermont-Ferrand, una ardiente convocatoria en pro de la peregrinación masiva y armada hacia los Santos Lugares, entonces en manos musulmanas. La emoción provocada por la llamada pontificia fue inmensa en todos los niveles sociales europeos. La, o mejor, las peregrinaciones fueron organizadas, se realizaron y pasaron a la Historia con el nombre de "primera cruzada". Cómo fue posible que la sola voz del papa moviera la conciencia de Europa y desencadenase uno de los fenómenos más notables de todos los tiempos medievales, tal será la pregunta primera a que hemos de responder.

Y no es sencilla la contestación. Podemos apelar a razones de orden demográfico: la Europa del siglo XI conoció un aumento de población, y cabría pensar que la realización de una empresa colonial en Tierra Santa la habría liberado de sus agobios, pero lo cierto es que la instalación de colonos europeos en aquellos lugares nunca fue muy im-

Cruz pectoral de un caballero que participó en la primera cruzada (Museo de Cluny, París). Las ideas de peregrinación y guerra santa, tan importantes como motivación de las cruzadas, hacían normal la adopción, por parte de los caballeros, de signos externos de religiosidad, como las cruces en el pecho y en el vestido.



portante y que la Europa de los siglos XI al XIII resolvió la cuestión del auge demográfico apelando a la puesta en explotación más completa de su propio espacio geográfico. ¿Motivos económicos? Aunque la cruzada estimuló el tráfico de pasajeros y mercancías y dio trabajo a las naves de determinadas ciudades italianas, en especial Venecia y Génova, los intereses comerciales de éstas en Oriente tenían un origen anterior y discurrieron siempre con independencia de los sucesos que se desarrollaban en Tierra Santa.

Los fundamentos políticos del fenómeno parecen algo más consistentes: la ida de muchos señores feudales europeos a Oriente para peregrinar y combatir coincidía con cierta crisis de poder en sus propios países, donde las monarquías comenzaban a restaurar la autoridad que les correspondía, y, sobre todo, con la generalización de movimientos pacifistas, las llamadas "paz de Dios" y "tregua de Dios", que dificultaban las hasta entonces frecuentes querellas, guerras y rapiñas internas, una de las fuentes de su actividad cotidiana y, ¿por qué no?, de sus ingresos económicos. Por otra parte, las cruzadas daban salida al afán nómada de muchos europeos, todavía poco acomodados en su marco geográfico, en especial al de los normandos, para los que vienen a ser la continuación de las grandes expediciones realizadas por sus abuelos vikingos.

También en este plano político cabe destacar que el movimiento de cruzada se integra en toda la historia de la reconquista del Mediterráneo por los europeos contra el Islam: reconquista iniciada en su frente terrestre por los reyes cristianos de España desde comienzos del siglo XI; por los mismos normandos al ocupar Sicilia y el sur de la península italiana a mediados de aquel siglo y, en sus aspectos marítimos, por diversas ciudades italianas –Génova, Venecia, Pisa, Amalfi–, cuyas flotas suplantan a las musulmanas en los mares Tirreno y Adriático a lo largo de los siglos X y XI antes de aventurarse a hacerlo en la cuenca oriental del Mediterráneo.

Si nos trasladamos al orden de razones eclesiásticas, hay dos, por lo menos, cuya importancia es innegable. Ante todo, el interés pontificio en demostrar su autoridad, ¿y qué plebiscito mejor que un movimiento colectivo europeo en respuesta a su convocatoria de peregrinación? Las cruzadas iban a ser, en efecto, una fuente inagotable de poder y de prestigio para los papas de los siglos XII y XIII. Sólo ellos podían convocarlas, otorgar la indulgencia plenaria y el emblema de cruzado a los que participaban en ellas y cumplían sus fines bajo la suprema autoridad del legado pontificio que las encabezaba. En segundo lugar, hay que destacar que si los papas escogieron como elemento fundamental de su convocatoria la práctica de una peregrinación, era sencillamente porque las peregrinaciones habían llegado a ser una forma predominante de la vida religiosa europea. Peregrinaciones a Santiago de Compostela, a Roma, a Jerusalén, eran recomendadas desde el siglo X como medio de mejora espiritual o de redención penitencial.

Antaño, la peregrinación se conocía, pero nunca había sido considerada medio relevante de manifestar la piedad. Por el contrario, en la Europa medieval sí que alcanzó este carácter, gracias a las condiciones emocionales y de mentalidad colectiva que surgieron en ella a lo largo del siglo X. Y fueron estas condiciones también las que facilitaron el paso conjunto de una simple estima a la peregrinación como medio de perfeccionamiento moral a una verdadera "mística de cruzada" que sería el fundamento verdadero de los hechos que van a ocupar nuestra atención en este capítulo. Cuando este espíritu de cruzada vaya decayendo, a lo largo del siglo XIII, ante la aparición de otras formas de religiosidad y escarnecido también por la utilización de la cruzada con fines políticos o económicos ajenos a su motivación primitiva, entonces las cruzadas habrán llegado también al término de su existencia.

Los elementos emocionales del espíritu de cruzada son dos, los más profundos en la religiosidad europea de la época: la angustia por la salvación personal y la espera en la vuelta gloriosa de Cristo. La peregrinación colectiva a Jerusalén, con la cruz

como símbolo, aparte de redimir los pecados personales mediante la indulgencia y la penitencia, preludia la construcción de la Jerusalén celeste que Cristo edificaría a su regreso.

El sentido escatológico de la religiosidad cristiana era vivido mucho más intensamente en el siglo XI que en nuestros días, hay que tenerlo en cuenta. Así ha podido escribir un autor que "la cruzada fue ante todo una aventura del alma, la cabalgada mística del cristiano hacia la Jerusalén celeste, la marcha hacia Dios siguiendo las huellas de Cristo" (Chélini), y otro señala cómo se ensancha el sentido de la peregrinación "hasta convertirse en obra colectiva de salvación común, en la certeza de una espera escatológica y del final de este mundo" (Alphandery). En aquellas circunstancias, "la cruzada se propagó con una rapidez inaudita porque fue una idea pasional que suscitaba una mística colectiva, como más tarde ocurrió con la idea de libertad, la de nacionalidad o la de justicia social" (Grousset).

La llamada pontificia había tocado en el nervio más sutil de la mentalidad colectiva europea. A medida que ésta vaya transformándose, el ideal de cruzada se irá deformando y deshaciendo. Es significativo apuntar que duró mucho más tiempo entre las clases sociales humildes, tal vez, en opinión de Le Goff, porque "no llegaban a encontrar en su vida cotidiana el sentido de un destino colectivo e individual".



Grandes y pequeños, ricos y pobres, todos sin discriminación formaron parte del número de cruzados, como esta pareja, no precisamente joven, que parte hacia Tierra Santa con el bastón y la cruz, unidos física y espiritualmente por el mismo ideal (Museo Histórico Lorrain, Nancy).

LA PRIMERA CRUZADA Y EL REINO DE JERUSALEN

1074 Gregorio VII lanza la primera llamada a la cruzada, para auxiliar a los cristianos del Imperio bizantino, en retroceso rápido frente a los turcos selyúcidas, pero la campaña, que quería dirigir personalmente el pontífice, no puede realizarse.

1089 La situación militar del Imperio bizantino continúa degradándose y el avance ininterrumpido de los turcos hacia Constantinopla obliga a Alejo Comneno a pedir la intervención de Urbano II.

1095 Urbano II, en el sínodo de Clermont, predica la guerra santa y promete a los voluntarios la protección de la Iglesia y la remisión de sus pecados. Cruzada popular iniciada por Pedro el Ermitaño, que fracasa estrepitosamente en Asia Menor.

1096 Constantinopla recibe a los cruzados, y Alejo, hábil diplomático, consigue asegurarse la soberanía sobre las eventuales conquistas y la restitución de los territorios antaño bizantinos.

1097 Sitio de Nicea por los cruzados. La ciudad será devuelta al emperador Alejo. Victoria cristiana en Dorilea sobre el sultán selyúcida. Habiéndose separado del grueso de la armada, Balduino de Flandes pasa el Éufrates y en 1098 crea el principado de Edesa.

1098 Tras largo asedio, Antioquía cae en manos de los cruzados. El sultán de Mosul asedia a los cruzados en Antioquía. Animados por el supuesto hallazgo de la Santa Lanza, los cristianos rechazan a los selyúcidas. Bohemundo de Sicilia funda el principado de Antioquía.

1099 Asedio de Jerusalén, tomada al asalto a las cinco semanas (15 de julio). Cruenta persecución de musulmanes y judíos. Jerusalén y sus alrededores se convierten en un reino cristiano, del que es nombrado primer soberano, aunque sin título real, Godofredo de Bouillon, "protector del Santo Sepulcro". Godofredo rechaza, cerca de Ascalón, un ataque del sultán de Egipto.

1100 Acabada la Primera Cruzada con pleno éxito, muere Godofredo de Bouillon, sucediéndole entonces su hermano Balduino, que toma el título real.

1118 Muerte de Balduino I; le sucede su primo Balduino de Bourcq.

1119 Creación de la Orden de los Templarios.

1131 El yerno de Balduino II, Fulco V de Anjou, reina en Jerusalén, dominando la mayor parte de Siria y Palestina. El reino comprende los cuatro principados de Jerusalén, Trípoli, Antioquía y Edesa.

1137 Creación de la Orden de San Juan.

1143 Muerte de Fulco y ocaso del reino de Jerusalén.



Godofredo de Bouillon carga las naves antes de emprender el viaje de la primera cruzada, miniatura del "Abrégé de la chronique de Jérusalem" (Biblioteca Nacional, Viena). Sin duda, la escena real fue muy distinta de la aquí representada, pues esta miniatura es muy posterior a la partida de Godofredo.

Y, pasando ya del estudio de las motivaciones al de los hechos, reanudamos el hilo de nuestra narración en el mismo concilio de Clermont-Ferrand. Urbano II fijó en su convocatoria la finalidad de la expedición: peregrinar a los Santos Lugares y rescatarlos de manos de los infieles. La señal o emblema del cruzado sería una cruz roja en el hombro. Nombró al legado pontificio que debía dirigirla: Ademaro de Monteil, obispo de Puy, que fallecería antes de llegar a Jerusalén, y aseguró la protección de la Iglesia a las familias y bienes de los participantes.

Las expediciones se fueron preparando a lo largo de todo el año 1096. Además de la ruta marítima, se contaba con la utilización de dos terrestres: el valle del Danubio y la calzada que, entre Dirraquio y Tesalónica, cruzaba toda la península de los Balcanes. Los caminos confluían sobre Constantinopla, donde sería preciso contar con la colaboración bizantina para pasar al Asia Menor, cuya mayor parte estaba en poder de los turcos seldyúcidas, dueños también entonces de Tierra Santa.

Antes de que los señores feudales europeos que proyectaban su participación en la empresa hubiesen concluido sus preparativos, la "mística de cruzada" provocó los primeros sucesos inauditos. Numerosos campesinos de las tierras renanas y lorenesas, inflamados por la perspectiva de la peregrinación, se concentraban en torno a Colonia, encabezados por líderes populares ansiosos de conducirlos a Jerusalén, en medio de un ambiente donde la espera en la venida de Cristo y en la edificación de la Jerusalén eterna se combinaban con la exaltación del milagro, hecho cotidiano, y con la práctica del fanatismo confesional.

Parte de aquellas veinte mil a treinta mil personas fueron las causantes de las primeras matanzas de judíos que conoció la Europa medieval. La organización de su viaje fue anárquica. Los conductores, Pedro el Ermitaño, Gualterio *sans avoir*, Emich de Leisingen, no podían controlar la actuación de sus seguidores y las violencias contra húngaros y bizantinos fueron frecuentes durante la marcha, aunque mucho menos de lo que cabía esperar.

Una vez llegados a Constantinopla, se les embarcó hacia la otra orilla del Bósforo rápidamente, pasaron la frontera con el Islam y, dada su absoluta falta de organización militar, fueron destrozados por los turcos en los primeros combates que sostuvieron en Asia Menor. Los supervivientes se incorporarían más adelante a las expediciones nobiliarias, mejor organizadas.

Aquella "cruzada popular" había sido, en definitiva, la manifestación más clara de los factores mentales y emocionales que confluyen en el fenómeno, y de los que ya hemos hecho mención, sin apenas contacto con las restantes realidades de la época. De ahí su término desgraciado, pero también su incontenible espontaneidad.

Los principales nobles europeos que marchaban hacia Jerusalén fueron llegando a Constantinopla entre finales de 1096 y abril de 1097. Primero arribó Hugo de Vermandois, que representaba a su hermano, el rey francés Felipe I. A continuación, Godofredo de Bouillon, duque de la Baja Lorena, junto con sus hermanos Eustaquio y Balduino y acompañado por muchos nobles de Lorena y Flandes. En abril llegaron por vía marítima los caballeros normandos procedentes del sur de Italia, con Bohemundo y Tancredo de Tarento al frente, y poco después Raimundo de Saint-Gilles, conde de

Godofredo de Bouillon, conquistador de Jerusalén y su primer soberano, aunque no con el título de rey, sino con el de "defensor del Santo Sepulcro", aparece aquí ante los muros de la ciudad, defendida por los turcos, eficazmente acompañado por el brazo militar y el eclesiástico (Biblioteca Nacional, París).

Representación del sitio de Antioquía, que se prolongó siete meses, en una miniatura francesa del siglo XII (Biblioteca Municipal, Lyon). Esta toma, que antecedió a la de Jerusalén, hizo de Antioquía un principado feudal del reino de Jerusalén y una sede patriarcal de la Iglesia romana.



Tolosa, y otros señores provenzales con los que venía el legado pontificio.

El emperador bizantino Alejo I Comneno hubo de hacer frente a verdaderos problemas ante la llegada de aquella masa de peregrinos, que alcanzó una cifra comprendida entre las sesenta y las cien mil personas; ante todo, asegurar su paso al Asia Menor y también lograr de sus jefes un juramento de fidelidad, pues la colaboración con Bizancio era indispensable y todos los territorios por los que iban a caminar los cruzados eran o habían sido dominio del Imperio bizantino. Los nobles europeos prometieron, en consecuencia, que tendrían las tierras conquistadas como feudatarios del *Basileus* y en nombre suyo.

La marcha de los cruzados y de sus aliados bizantinos a través de Asia Menor no tuvo muchas dificultades. El objetivo principal era dejar expedito el camino y evitar que permaneciesen sin conquistar guarniciones o fortalezas turcas en su retaguardia. La toma de Nicea, en junio de 1097, y la inmediata batalla de Dorileo aseguraron aquel objetivo.

A continuación, el grueso de los peregrinos se dirigió hacia Antioquía, que soportó

LAS CRUZADAS
(siglo XII)

I Cruzada (1096-1099)
Expedición de Godofredo de Bouillón
Expedición de Raimundo, conde de Tolosa
Expedición de Roberto, conde de Flandes
Expedición de Bohemundo de Tarento

II Cruzada (1145-1149)
Expedición de Conrado III, emperador de Alemania
Expedición de Luis VII de Francia

III Cruzada (1189-1192)
Expedición de Federico I, emperador de Alemania
Expedición de Felipe II Augusto, rey de Francia
Expedición de Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra

El llamado Krak de los Caballeros, construcción típica de las cruzadas, en Siria. Se llama "krak" (en árabe, fortaleza) porque su misión era la vigilancia y la defensa del territorio. En 1142 se instalaron aquí los Hospitalarios, pero a finales del siglo XIII *sucumbieron a los asaltos de los musulmanes.*



un prolongado asedio hasta que fue tomada en junio de 1098, mientras que Balduino, el hermano menor de Godofredo de Bouillon, penetraba más hacia el interior, hasta el curso medio del Éufrates, donde habitaba una población armenia cristiana bajo protectorado islámico.

Balduino logró hacerse con el gobierno de la principal plaza de la región, Edesa, que iba a ser en los decenios siguientes el puesto avanzado de los europeos en el Próximo Oriente. No fue sólo Balduino el que se creó así un dominio territorial; Bohemundo de Tarento consiguió forjar otro en Antioquía gracias a su destacada participación en el cerco y permaneció como príncipe de la ciudad y de su territorio. Así, ambos nobles conseguían su secreta finalidad, que era alcanzar en aquellas tierras orientales, utilizando el pretexto de la cruzada, lo que la fortuna o la herencia les habían negado en Europa.

Las intenciones de la mayor parte de los cruzados eran, sin embargo, más auténticas y prosiguieron su marcha hacia Jerusalén bajo el mando de Raimundo de Saint-Gilles, Godofredo de Bouillon y los restantes nobles. A principios de junio de 1099 daban vista a la ciudad santa, cuyo asedio no se prolongó mucho porque, fanatizados por la creencia en ciertas visiones y milagros, los peregrinos se lanzaron al asalto de sus muros el día 14. La entrada en Jerusalén se convirtió en una auténtica carnicería, sólo explicable por el contexto mental que presidía aquellos sucesos, cuya semejanza con una peregrinación actual es más bien remota. Narra un testigo lo siguiente: "Montones de cabezas, de manos y de pies se veían por las

calles... Dejadme decir que en los alrededores del templo de Salomón la sangre llegaba hasta las rodillas. Fue justo y especial castigo de Dios que aquel lugar fuese cubierto con la sangre de los infieles que por tanto tiempo habían acudido allí a blasfemar" (*Crónica* de Raimundo de Puy).

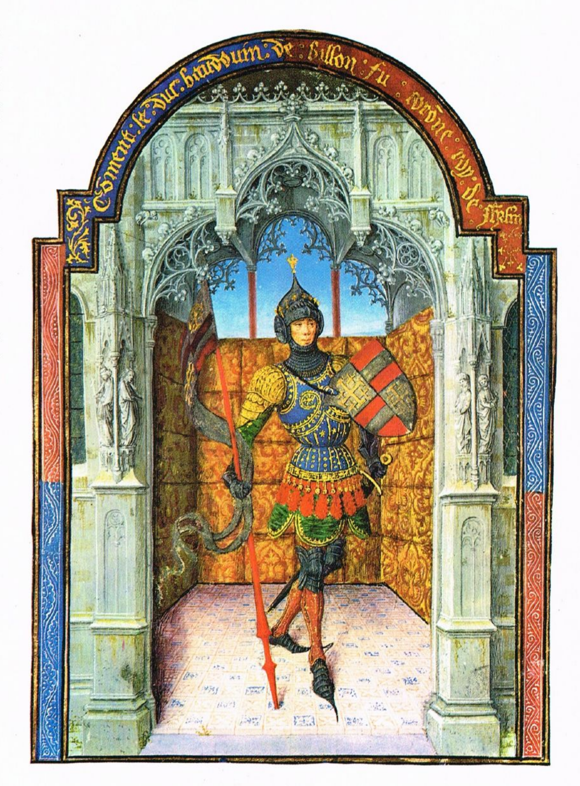
Una vez conquistada la ciudad de Jerusalén, surgía un problema triple: político, eclesiástico y militar. La organización política se resolvió nombrando un monarca. Raimundo de Saint-Gilles, conde de Tolosa, renunció a serlo y fue elegido Godofredo de Bouillon, el cual, con gran habilidad, soslayó la titulación real y tomó la de "defensor del Santo Sepulcro". El problema eclesiástico terminó con la llegada de un nuevo legado pontificio que nombró un patriarca de Jerusalén e inició la latinización del clero y de la liturgia en la ciudad, con gran duelo de los cristianos de rito ortodoxo que habitaban en ella. Por fin, la principal cuestión militar consistía en completar la conquista y defenderla contra los ataques de los turcos, cuyos centros más próximos eran Alepo y Damasco, y de los egipcios, bajo dominio entonces de la dinastía fatimí.

Todo aquello se logró en los dos decenios siguientes con la conquista de las ciudades de la costa mediterránea palestina, libanesa y siria, la penetración hacia el interior en Judea, Samaria y Galilea, y la llegada al mar Rojo por Aqaba, tras ocupar el desierto de Negev. Aquellos territorios quedaron organizados políticamente en un reino principal, el de Jerusalén, del que eran vasallos más o menos nominales el principado de Antioquía y el condado de Edesa, ya mencionados, y el condado de Trípoli, que dominaba las costas centrales y septentrionales del actual Líbano y que fue conquistado por Raimundo de Saint-Gilles y su hijo Beltrán entre 1100 y 1109.

Los reyes, príncipes y condes que se sucedieron en estos diferentes países latinos de Tierra Santa mantuvieron luchas constantes con sus vecinos musulmanes, pero paulatinamente fueron adaptándose a las condiciones políticas de la región y consolidando la fuerza interior de sus estados. La aspiración más importante, y nunca lograda, fue el dominio del interior de Siria, en especial de las dos ciudades mayores, Alepo y Damasco, desde las que provenían la mayoría de los ataques.

El flujo casi continuo de peregrinos y las expediciones mayores, como la que realizó la flota veneciana en 1124, ayudaban a mantener las hostilidades en un plano de igualdad. Los venecianos consiguieron, por su parte, destruir la flota egipcia y consolidar el predominio de los mercaderes italianos en aquellas tierras. Pero, a falta de culminar la principal tarea en los frentes terrestres, los jefes cruzados conseguían por lo menos mantener la división política en el seno de sus vecinos islámicos: aquella división era su mayor seguridad y cuando los musulmanes comenzaron a superarla surgió el verdadero y grave peligro para los frágiles poderes europeos en el Cercano Oriente.

En el año 1128, Alepo pasó a manos del emir y jefe militar Zengi (1128-1146). Él y su hijo Nur ed-Din (1146-1174) intentaron realizar aquella unidad de la Siria islámica precisa para presentar un gran frente de guerra a los occidentales, cuyas relaciones con Bizancio seguían siendo malas, por lo que poca ayuda podrían esperar de aquella parte. La política de Zengi dio su primer gran



Balduino, conde de Edesa, es coronado rey de Jerusalén como sucesor de su hermano Godofredo de Bouillon. La miniatura, del "Abrégé de la chronique de Jérusalem", presenta una decoración y un vestuario que no corresponden en absoluto a las costumbres del siglo XII (Biblioteca Nacional, Viena).



La ciudad de Cesarea Marítima sufrió en el siglo XI el ataque de los cruzados hasta que fue conquistada por Luis IX de Francia, en cuyo tiempo se construyó esta ciudadela-castillo.

fruto, entre 1144 y 1146, con la conquista del condado de Edesa, pieza clave de la defensa europea, dado su carácter de posición avanzada.

La pérdida de Edesa fue un aldabonazo en la conciencia occidental: el rey de Jerusalén, Balduino III, y el príncipe de Antioquía, Raimundo de Poitiers, apelaron al pontífice Eugenio III para que se avivase el ardor de la cruzada y tuvieran lugar expediciones de similar importancia a las de 1096. El papa contaba con el hombre adecuado para predicarla por su prestigio moral y político y por su fogosa elocuencia: se trataba de Bernardo de Claraval, gran promotor de la reforma cisterciense dentro de la regla benedictina. La actividad del futuro San Bernardo fue, en efecto, muy considerable: movió los ánimos con sus sermones durante la Pascua de 1146, se impuso a los predicadores populares que intentaban crear un estado de espíritu similar al de la antigua "cruzada popular" y obligó incluso a los propios reyes a ponerse al frente de los peregrinos. En aquella ocasión la expedición fue mandada por el emperador Conrado III y por el rey de

Francia, Luis VII, a través del camino terrestre del valle del Danubio, que ya había sido empleado en la primera.

Es notable que, a pesar del auge del tráfico marítimo, las cruzadas y peregrinaciones del siglo XII sigan prefiriendo las rutas terrestres, en general; sin embargo, algunos expedicionarios siguieron el camino del mar en aquella ocasión y, a su paso por las costas de la península ibérica, contribuyeron en diversa medida a la reconquista de tres ciudades importantes: Lisboa, Almería y Tarragona.

La expedición principal, dirigida por el emperador y el rey, fue un completo fracaso. Los contactos con el emperador bizantino, a su paso por Constantinopla, resultaron bastante hostiles. Los encuentros armados con los turcos en Asia Menor, desgraciados en su mayor parte. La llegada a Antioquía, ya en 1148, puso de manifiesto nuevas diferencias entre los cruzados y los poderes cristianos locales.

Raimundo de Poitiers pidió a Conrado y a Luis que atacasen a Nur ed-Din en su sede de Alepo, pero ambos desoyeron su consejo y marcharon contra Damasco, cuyo emir era contrario al de Alepo y mucho más favorable a los occidentales. El sitio de Damasco fracasó estrepitosamente, los cruzados volvieron a sus tierras y los colonos europeos que habían pedido su auxilio se vieron impotentes para contener los efectos del contraataque islámico: Damasco pasó a manos de Nur ed-Din en 1154, realizándose así el proyecto de la unificación siria. Poco antes, el jefe musulmán había conquistado importantes territorios del principado de Antioquía.

La segunda mitad del siglo XII presenció la agonía del reino de Jerusalén y de sus vasallos en medio de una pugna política, diplomática y militar cada vez más angustiosa que contrastaba con la prosperidad y aumento de los intereses mercantiles de las repúblicas urbanas de Italia en el Mediterráneo oriental, prueba de hasta qué punto estaban disociadas ambas series de hechos. Ante el abandono de sus colegas europeos, Balduino III intentó buscar de nuevo el apoyo bizantino y contrajo matrimonio con la princesa Teodora, pariente del emperador

BIZANCIO Y LAS CRUZADAS

Las cruzadas llevaron a sus últimas consecuencias el antagonismo que separaba a bizantinos y occidentales desde los siglos anteriores y que se había iniciado con la misma escisión del mundo romano en dos mitades, oriental y occidental, a lo largo de los siglos IV y V, respondiendo a la realidad de dos mundos, uno occidental, latino y, tras las invasiones, germano, y otro oriental, griego o helenizado, más culto y rico, dotado de un sustrato de civilización urbana mucho más antiguo. La diferencia había ido agrandándose en la diversidad de costumbres y de régimen económico, mucho más complejos en Oriente; en la diferente organización política, porque Bizancio consolidó y completó el aparato institucional romano; en los distintos puntos de vista ante las relaciones internacionales, supeditadas las bizantinas desde el siglo VII a la amenaza musulmana y a las migraciones eslavas y búlgaras, que redujeron su territorio y amenazaron su propia vida, mientras que los europeos occidentales apenas las padecían, aunque sufrieran otras, y consolidaban e incluso aumentaban el espacio geográfico por ellos ocupado.

Por último, los bizantinos poseían tradiciones religiosas distintas a las de los occidentales: el poder imperial dominaba sin discusión al eclesiástico, la lengua litúrgica era el griego; el recelo hacia Roma, pobre obispado situado en medio de países bárbaros y rústicos, impedía reconocer, de hecho, la supremacía jerárquica y espiritual de los papas, máxime pensando, como se pensaba, que el traslado de la capital imperial a Constantinopla había provocado también el de la sede apostólica. Además, la religiosidad bizantina era distinta a la occidental, aunque la organización eclesial fuese muy parecida en ambas partes; era una religiosidad en la que las sutiles preocupaciones dogmáticas predominaban sobre la acción moral, siempre destacada en Occidente. Por eso, Bizancio había sido tierra donde fructificaron las primeras herejías, dado que la herejía exige una especulación intelectual profunda en torno a la fe, que en la rudeza de la Europa altomedieval habría sido ciertamente inconcebible.

Así ocurrió que, a medida que el pontificado recuperaba su prestigio y su poder en Occidente, se acentuaba la oposición de los bizantinos a reconocerlo. Tras la primera ruptura entre Roma y Constantinopla, en tiempos del patriarca Focio, a mediados del siglo IX, la excomunión mutua definitiva, porque no se levantó, se produjo en 1054 entre el papa León IX y el patriarca Miguel Cerulario. Posteriormente, los intentos de reunificación entre ambas Iglesias fueron frecuentes, e incluso algunos fructificaron legalmente en 1274 y en 1439, pero la oposición básica siguió siempre en pie e hizo que estos esfuerzos terminaran en fracaso.

En el momento de iniciarse las cruzadas, los bizantinos eran, a ojos de los europeos, cismáticos. Eran además un pueblo vencido e incapaz de oponerse al Islam. Tras la recuperación bizantina de los siglos X y XI, la derrota de Manzikert (1701) había puesto en manos de los turcos casi toda el Asia Menor. Un siglo después, y a pesar de la intervención europea, los bizantinos volvían a sufrir otra derrota definitiva en Miriocéfalo (1177). Por último, Bizancio, aunque en decadencia, era un país riquísimo debido a su papel de intermediario comercial entre Asia y Europa; los venecianos y genoveses fueron arrebatándole aquel monopolio desde el siglo X y, cuando tropezaron con dificultades excesivas para lograrlo, no dudaron en desviar el impulso de cruzada contra Constantinopla, que fue conquistada por los europeos en 1204 y vivió sesenta años bajo el dominio de señores occidentales.

Las cruzadas fueron para Bizancio un fenómeno nefasto, en consecuencia. Contribuyeron a precipitar su ruina militar, territorial y económica y nunca fueron motivo de aproximación entre ambos sectores de la cristiandad, sino de distanciamiento y de odio. A la rudeza de costumbres, a la envidia e incluso al odio de los occidentales, replican los griegos con un menosprecio basado en el mayor nivel de su cultura intelectual, en la calidad de su compleja diplomacia y de sus instituciones, en la profundidad dogmática de su Iglesia. Lamentablemente para ellos, aquella superioridad cultural no estaba servida por una fuerza suficiente.

M. A. L. Q.



Inicial miniada de un manuscrito del siglo XIII en que aparecen representados los dos jefes de la segunda cruzada ante Jerusalén: el emperador Conrado II de Alemania y el rey de Francia Luis VII (Biblioteca Nacional, París).

Manuel Comneno; a continuación se proyectó un nuevo asedio de Alepo, que no se llevó a efecto, y, entre tanto, uno de los principales vasallos de Balduino, Rainaldo de Châtillon, saqueó Chipre, que era dominio bizantino, lo que muestra cuán lejos estaban los deseos de alianza de su rey con respecto a una realidad marcada por el rechazo mutuo entre ambas ramas de la cristiandad.

Por otra parte, el poder bizantino era ya muy escaso y, si en los anteriores decenios había conseguido reconquistar buena parte de la península de Anatolia, bastó una derrota frente a los turcos, la de Miriocéfalo en 1177, para acabar con los sueños del emperador oriental. El intento amistoso de Balduino III no tuvo continuación, y lo que se impondría definitivamente con respecto a Bizancio por parte de los europeos sería la hostilidad. Ellos, tanto como los turcos, contribuyeron a arruinar el antaño pujante Imperio.

Amalarico I, que sucedió a su hermano Balduino, hubo de enfrentarse con otro problema político mucho más grave, al llegar a su término y extinción la dinastía fatimí que gobernaba Egipto. Para Nur ed-Din era el momento soñado: unir Egipto y Siria equivalía a completar el cerco y asfixia de los cruzados. Amalarico lo sabía, por lo que no dudó en apoyar a los vacilantes fatimíes entre 1164 y 1167 y, al comprobar que era insuficiente, invadió el delta del Nilo en 1168, intento desesperado que, dada la escasez de sus tropas, no podía terminar bien.

Los egipcios se vieron obligados a llamar en su auxilio a Nur ed-Din, que envió tropas bajo el mando de Salah ed-Din (Saladino). Amalarico hubo de retirarse y Saladino cumplió entonces el verdadero objetivo para el que había sido enviado: desde 1171 eliminó al último gobernante fatimí y pasó a gobernar personalmente Egipto; entre 1174 y 1183 consiguió suceder a Nur ed-Din en Siria. La ansiada unión había sido realizada.

El peligro para los europeos del reino de Jerusalén y países vasallos era inminente y todavía en 1172 el rey Amalarico sitió Damieta, una de las salidas del Nilo al mar, con auxilio bizantino, pero no tuvo éxito. Su sucesor, Balduino IV (1174-1186), pasó todo su reinado combatiendo contra Saladino, mientras la lepra le roía poco a poco el cuerpo; en él, más que en ningún otro personaje, se encarna toda la tragedia de las expediciones y colonizaciones medievales en Tierra Santa. Mal servido por sus vasallos, cuyos vínculos de fidelidad eran muy débiles, y por las Órdenes militares, que campaban por sus respetos, pudo aplazar el desastre durante varios años, pero la organización militar con que contaba era insuficiente para enfrentarse a las nuevas condiciones del mundo islámico circundante completadas por Saladino.

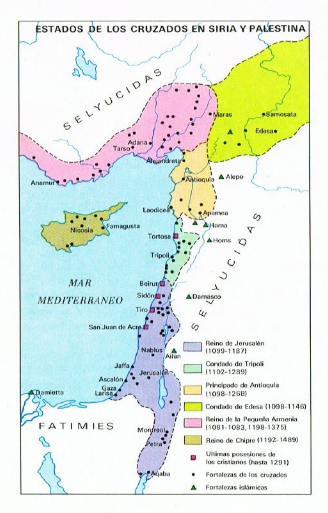
Pocos meses después de morir Balduino IV llegó la hora final, a la que hubo de hacer frente el nuevo rey, Guido de Lusignan. El día 4 de julio de 1187, en Hattin, cerca del Tiberíades, el ejército del reino de Jerusalén fue aniquilado por las tropas musulmanas; el número de los cautivos resultó ser bastante elevado y aumentó a medida que Saladino iba ocupando sin dificultad las principales urbes: Acre, Jaffa, Jerusalén, Beirut... La resistencia se concentró en algunos puertos de la costa, en especial Tiro, Trípoli, Tortosa y Antioquía, desde los que partiría la contraofensiva, porque la catástrofe había sido demasiado grande para que los poderes europeos, comenzando por el papa, no se sintieran conmovidos.

La cuestión no era, sin embargo, conmoverse, sino enviar una ayuda continua que aceptase además la disciplina del rey de Jerusalén, y ambos aspectos, continuidad y respeto a los intereses de los colonos, más conscientes de sus necesidades, no se dieron jamás, ni en el siglo XII ni en el XIII: tal vez,

desde la perspectiva europea, fue aquél el motivo mayor de los males políticos y militares que aquejaron a los establecimientos del ultramar medieval.

Después de Hattin se preparó una nueva cruzada, por supuesto. Es más, a lo largo de todo el siglo XIII el ideal de cruzada seguirá presente, dará lugar a manifestaciones emocionales colectivas, sustentará expediciones a Oriente. Pero no bastó; mientras nuevas formas de religiosidad sustituían a las que habían cimentado la antigua "mística de cruzada", mientras los dueños políticos de Europa utilizaban la cruzada como un peón más en sus luchas y asestaban los golpes definitivos al único poder cristiano auténtico en aquella región, es decir, a Bizancio, los establecimientos europeos en Tierra Santa llevan una vida lánguida que tocará a su fin en las postrimerías del siglo XIII. Luego, sólo el reino de Chipre, por una parte, y por otra un arcaico y cortesano ideal de cruzada que tenía únicamente eco en mentes caballerescas, serían los testigos del pasado hasta muy entrado el siglo XVI.

En los meses que siguieron a Hattin, la



Fresco de finales del siglo XII de la antigua capilla de los Templarios, en Cressac, cerca de Angulema, que representa a un grupo de caballeros de dicha Orden saliendo de su castillo para combatir (Museo Nacional de Monumentos Franceses, París).

resistencia se concentró en Tiro, bajo el mando de Conrado de Montferrato. El obispo de la ciudad viajó a Europa y comenzaron a llegar socorros desde Sicilia, Flandes, Dinamarca e Inglaterra. Los reyes de Francia, Felipe II, y de Inglaterra, Ricardo I, "Corazón de León", prometieron que acudirían a la cruzada al frente de sus ejércitos, pero estaban en guerra el uno contra el otro en aquellos momentos y su partida se aplazó más de lo previsto, dando lugar a que se les adelantase el propio emperador del Sacro Imperio romano-germánico, el anciano Federico I, que pensaba utilizar la cruzada como arma en pro de su prestigio político. La expedición del emperador no alcanzó éxito, a pesar del poder con que fue organizada, porque Federico murió ahogado en Anatolia, en junio de 1190, y sólo parte de su ejército llegó a Antioquía.

Saladino, ante el peligro que le amenazaba, había ofrecido dejar paso libre, seguro

LAS ORDENES MILITARES

El nacimiento de las Órdenes militares fue una de las consecuencias más notables de las cruzadas. Eran institutos a la vez religiosos y militares. En el primer aspecto, dependían directamente del papa, con exención de otras jurisdicciones eclesiásticas, y organizaban su vida comunitaria según una regla monástica que fuese compatible con la condición seglar y las actividades guerreras de sus miembros.

La Orden del Hospital y la del Templo fueron las más famosas de todas las surgidas en Tierra Santa. La Orden de los Hospitalarios tuvo su origen en un albergue fundado en Jerusalén el año 1048 para acoger peregrinos; al terminar la primera cruzada, los prebostes del albergue hospedaron a numerosos peregrinos, extendieron sus actividades en pro de la protección y defensa de los mismos y acabaron aceptando obligaciones militares que derivaban de ambas tareas. Entre 1120 y 1160, el maestre de la Orden, Raimundo de Puy, codificó la regla y transformó la organización en una verdadera Orden militar semejante a la del Templo, bajo el nombre de Orden de Caballeros de San Juan de Jerusalén, también llamados sanjuanistas u hospitalarios. La piedad europea se manifestó en numerosísimas donaciones en dinero o en tierra a favor de aquella Orden protectora de la peregrinación, cuyos caballeros portaban hábito negro con una cruz blanca sobrepuesta.

La Orden del Templo fue fundada en Jerusalén en 1118 y tuvo desde sus comienzos funciones más claramente militares. La regla monástica seguida fue la de San Benito, y el hábito de los caballeros, de color blanco con una cruz roja. Ambas Órdenes respondían a una necesidad de la época, la de fundir los ideales de la caballería militar con el intento de cristianización de las costumbres castrenses que la Iglesia estaba llevando a cabo. Las circunstancias de Tierra Santa eran las más propicias para intentarlo mediante la creación de aquellas "Milicias de Cristo", en las que se mezclaban ambos aspectos.

El éxito de la experiencia se manifiesta en la inmensa riqueza y poder alcanzados por ambas Órdenes en los siglos XII y XIII gracias al apoyo y a las donaciones de los reyes, eclesiásticos y pueblo europeo. Hacia 1250, la Orden del Templo contaría con veinte mil miembros. Antes de la batalla de Hattin, templarios y hospitalarios eran los mayores terratenientes de Tierra Santa, a pesar de su insumisión con respecto al rey de Jerusalén, al que no obedecían, alegando la dependencia directa que tenían con respecto al papa. Su papel en la defensa de aquellos territorios fue fundamental, pero se vio enturbiado por esta indisciplina y por las rencillas continuas entre las dos Órdenes.

La organización interna de ambas era muy semejante. La dirigía un Gran Maestre, rodeado de su corte, de un restringido consejo y, en ocasiones extraordinarias, de la reunión o capítulo general de sus cargos directivos. Las posesiones se dividían por reinos y países y, dentro de éstos, por prioratos; bajo el mando de los priores vivían los bailíos y comendadores, que tenían a su cargo grupos más o menos extensos de caballeros y escuderos de la Orden respectiva. La riqueza de las Órdenes y la consolidación de sus instituciones fueron provocando cierto abandono del rigor militar y religioso primitivo, con el olvido de aspectos de la regla que las Órdenes seguían, pero el trance más duro sobrevino cuando volvieron a poder del Islam los territorios de ultramar cuya defensa había sido la primera razón de ser de las Órdenes.

La del Hospital pudo mantenerse, tanto por su carácter menos bélico y más volcado hacia la práctica de la protección y la caridad con respecto a los débiles, como por haber asumido la defensa de puntos fronterizos de la cristiandad europea: Rodas primero, Malta más tarde. Así fue posible que llegase a nuestros días como corporación predominantemente honorífica, aunque sus intereses hospitalarios sigan siendo notables. Pero la Orden del Templo tuvo siempre un carácter más netamente militar y empleaba sus riquezas fabulosas en operaciones de banca y préstamo que resultasen más rentables con respecto a sus fines; no pudo superar la crisis que siguió a la caída de Acre en 1291 y de las últimas posesiones europeas en Oriente; entre 1307 y 1312, el rey de Francia Felipe IV procesó, bajo cargos dudosos, a los templarios que vivían en Francia, y consiguió que el papa Clemente V disolviera la Orden, cuyos bienes fueron aplicados a la hacienda regia o, en otros países, a otras Órdenes militares.

El ejemplo de templarios y hospitalarios había estimulado la aparición de nuevas Órdenes, unas en Tierra Santa, otras en lugares muy alejados. Durante la segunda cruzada se fundó en Jerusalén la Orden de los Caballeros Teutónicos, reconocida por el papa en el año 1192. Pero el lugar de acción de los Teutónicos no fue Palestina, sino la frontera oriental de Alemania, donde conquistaron Prusia, atendiendo a menudo más a sus intereses materiales y deseo de poseer tierras que al primordial fin religioso, como lo demuestran sus violentas luchas con los polacos cristianos. En el siglo XVI, el maestre Alberto de Brandeburgo se secularizó y convirtió los bienes de la Orden en ducado de Prusia, germen del futuro reino que reunificaría Alemania en el siglo XIX. La Orden de los Caballeros Portaespadas tuvo un carácter muy similar y actuó, sobre todo, en la conquista de las tierras paganas de Livonia y Estonia. Otras Órdenes militares y caritativas surgidas en los siglos XII y XIII y extinguidas hoy todas ellas fueron las de los Caballeros de San Antonio, la de los Caballeros del Espíritu Santo y la Orden de Caballeros de San Lázaro de Jerusalén, fundada para atender leproserías.

En España tuvieron importantes posesiones tanto la Orden de San Juan como la del Templo. Los bienes de los templarios fueron aplicados a la Orden de Montesa (creada en 1317) en la corona de Aragón. En Castilla pasaron a manos, en parte, de Órdenes militares autóctonas que habían surgido mediado ya el siglo XII: Calatrava, Santiago y Alcántara. En Portugal tuvo gran importancia la Orden de Avís. Todas ellas encontraron en la lucha y en la conquista contra el Islam peninsular estímulos semejantes a los que mantenían a sanjuanistas y templarios en Tierra Santa.

M. A. L. Q.

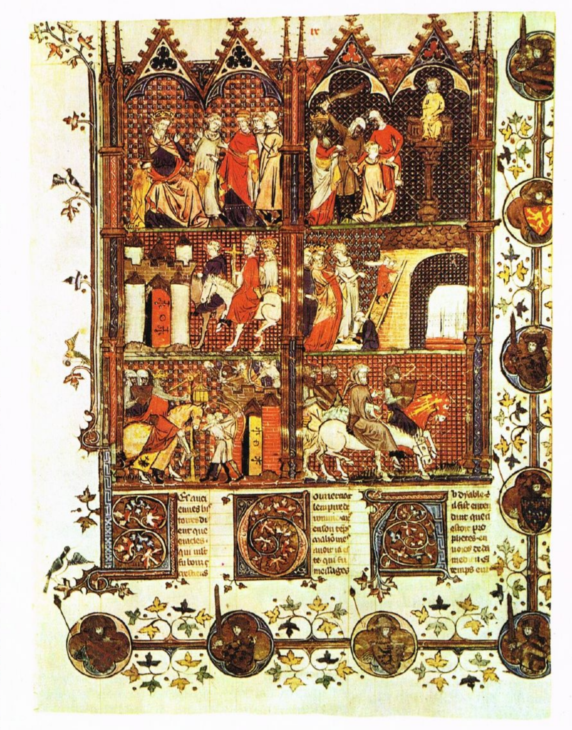
y pacífico a todos los peregrinos que deseasen ir a Jerusalén y respetar el culto cristiano en la ciudad, pero se había negado a devolver territorios. En su actitud de tolerancia no había nada anormal: los musulmanes la habían practicado habitualmente en los siglos que precedieron a las cruzadas.

La expedición del emperador había seguido la ruta del Danubio. Los reyes de Francia e Inglaterra marcharon por vía marítima. Mientras tanto, Guido de Lusignan había puesto cerco a Acre, caído en manos de los musulmanes. El sitio se prolongó cerca de dos años, a partir de agosto de 1189, mientras Saladino cercaba a su vez a los sitiadores. Fue una de las acciones bélicas más características de aquellos siglos, en los que las batallas decisivas o los asaltos rápidos no eran fáciles de realizar con las técnicas de guerra de que se disponía.

Los reyes de Francia e Inglaterra llegaron ante la ciudad en abril de 1191. En el camino, Ricardo Corazón de León había conquistado Chipre, arrebatándola a los bizantinos. Con la presencia de ambos reyes, el asedio terminó y Acre volvió a manos europeas. Felipe II de Francia regresó a su país inmediatamente, pero el rey inglés se dispuso a redondear la victoria y a intentar la recuperación de Jerusalén.

Sus relaciones con Saladino y la historia de sus batallas en Tierra Santa son, acaso, el elemento más novelesco de las cruzadas; no en vano la industria del cine anglosajona se ha ocupado del tema varias veces en las últimas décadas. Ricardo era un espécimen notable del guerrero medieval; Saladino, del político musulmán valeroso y cortés. La batalla de Arsuf, principal de cuantas libraron, fue un espectáculo sobrecogedor, servido por la brillantez de la caballería pesada europea cargando en compacta formación. Corazón de León recuperó todas las plazas costeras hasta Jaffa y consiguió libertades de acceso para los peregrinos que marcharan a Jerusalén, pero no pudo tomar la ciudad y hubo de regresar a su reino en septiembre de 1192 tras acordar un tratado de paz por cinco años con Saladino. Otra de sus últimas acciones fue investir a Guido de Lusignan con el reino de Chipre para compensarle por el de Jerusalén, que había perdido a manos de otros candidatos.

Disminuido reino el de Jerusalén, sin embargo. Su capital accidental pasaba a ser Acre, su territorio apenas se extendía más allá de la franja costera, y lo mismo ocurría con las plazas de Antioquía y Trípoli. Aquel resto de la presencia europea, más Chipre, restaurado y consolidado por la cruzada de 1190, la tercera en la ordenación tradicionalmente aceptada, pudo mantenerse un siglo más. Pero no trataremos ahora de sus avatares, sino de otro tema que nos parece más importante: el estudio de los modos de vida y organización que adoptaron los colonos europeos en aquellas tierras. Esto nos dará la explicación profunda de muchos de los hechos narrados y contribuirá eficazmente al conocimiento cabal de lo que las cruzadas fueron y significaron.



Diversas escenas de la toma de Jerusalén por las tropas del sultán Saladino tras la batalla de Hattin; miniatura del "Roman de Godofredo de Bouillon" (Biblioteca Nacional, París). La caída de Jerusalén a manos del infiel fue la chispa que despertó los ánimos cristianos y motivó la puesta en marcha de la tercera cruzada.

El primer dato a tener en cuenta es de orden demográfico. Si el reino de Jerusalén nunca fue poderoso se debió, ante todo, a su fracaso parcial como empresa colonizadora. En la batalla de Hattin no tomaron parte más allá de mil doscientos jinetes y se supone que en Tierra Santa nunca vivieron de forma permanente más de un millar de caballeros, a los que debemos añadir



Esta miniatura del siglo XIV, en que Saladino manda encadenar a los cruzados cristianos aprisionados, refleja el estado de los hechos tras la batalla de Hattin, en 1187, con la que las tropas musulmanas aniquilaron el reino de Jerusalén de Guido de Lusignan (Biblioteca Nacional, París).

otros centenares encuadrados en las Órdenes militares y la clerecía de origen europeo. En total, contando familias, unas cinco mil personas, cuya principal característica demográfica era la de no mezclarse con la población indígena, lo que dificultó siempre su adaptación al medio. A esta cúspide social de los colonos hay que añadir el campesinado venido de Europa, cuyo número se ignora, y unos cinco mil escuderos que cumplían ciertas obligaciones militares y que, sumados a sus familias, constituirían tal vez un núcleo de veinte mil personas.

Tanto escuderos como campesinos se mezclaron muy pronto con la población local, constituida en su mayor parte por cristianos de diversos ritos que habían convivido durante siglos con los musulmanes. Éstos y los judíos emigraron en su mayor parte, aunque permanecieran algunos núcleos. Por último hay que recordar las colonias de mercaderes italianos, instaladas en los puertos y que vivieron incluso más aislados que los caballeros, entre los que se dieron a veces alianzas matrimoniales con linajes armenios y bizantinos.

Venidos de una Europa donde predominaba el sistema feudal, nada tiene de extraño que los cruzados lo implantaran en Tierra Santa como base de la organización económica, social y política. Y, al actuar sobre una tierra previamente despojada de sus anteriores sedimentos históricos, pudieron establecerlo en toda su pureza y plenitud, a pesar de ser un fenómeno importado y sin raigambre en Tierra Santa.

El rey de Jerusalén, en efecto, contaba con diferentes gradaciones de vasallos, cada uno de los cuales poseía uno o varios feudos donde las poblaciones campesinas trabajaban bajo su mando. Los principales fueron el principado de Galilea, el condado de Jaffa y los señoríos de Sidón y de Transjordania. Y ya hemos visto que los poderes vasallos del rey de Jerusalén también se habían organizado según el mismo sistema: principado de Antioquía, condados de Edesa y Trípoli.

Los dueños de los feudos tenían obligaciones militares proporcionales a la extensión e importancia de los mismos. También quedaban sujetos a ellas los señoríos de la Iglesia y de las Órdenes militares, cuya principal característica, a diferencia de los laicos, era la dispersión territorial.

El orden feudal informaba también toda la actividad política. El soberano legislaba y juzgaba en medio de su consejo de vasallos y la jurisprudencia así afirmada fue poco a

poco compilándose en los llamados *Assises de Jerusalem*. El rey, que, según la costumbre europea más antigua, era electivo, poseía ciertos poderes supremos, como eran convocar la guerra y dirigirla, ser juez superior e intervenir en los feudos de sus vasallos en las circunstancias previstas por el derecho, que, por lo demás, recortaba mucho su autoridad al determinar que todas las decisiones de gobierno, judiciales y legislativas de cierto relieve debían ser tomadas con consejo y acuerdo de sus vasallos, reunidos en la llamada *Cour des Liges* o *Haute Cour*.

Jerusalén constituyó, en definitiva, el mejor ejemplo de aquellas "monarquías feudales" tan características de los siglos XI al XIII. La casa y corte de sus reyes también, con sus grandes dignatarios idénticos a los de otros países europeos: senescal, condestable, chambelán, canciller. Este cuadro institucional puede ser aplicado sin grandes variaciones a Edesa y a Trípoli. Antioquía, por el contrario, vivió dentro de tradiciones administrativas bizantinas, debido a sus relaciones más estrechas con el Imperio y a la abundante población siria y armenia que formaba la base del principado. Por lo demás, sus relaciones de dependencia y vasallaje con respecto a Bizancio fueron tan teóricas como las de los demás países latinos de Tierra Santa.

Aunque el rey de Jerusalén era vasallo del papa, la organización eclesiástica del reino dependía estrechamente del monarca, desde su cúspide, el patriarca de Jerusalén, al que él escogía de entre dos candidatos propuestos por los sacerdotes del Santo Sepulcro, hasta los cuatro arzobispos, nueve obispos, cinco priores y nueve abades mitrados. En Antioquía habitaba otro patriarca latino, que tenía jurisdicción sobre el principado y sobre los condados de Edesa y Trípoli. La organización eclesiástica era rica, y así se reflejaba en las prestaciones militares a que estaba obligada, no sólo por las tierras y bienes que poseía en el país, sino también por las donaciones de que se beneficiaba en Europa. Esta proyección europea del estamento eclesiástico de Tierra Santa se acentúa en el caso de las Órdenes militares, instituciones que nacieron precisamente allí con una finalidad militar y religiosa y cuya importancia bien merece que se destaque en estudio aparte.

Tales eran los fundamentos institucionales. No podemos olvidar tampoco el valor que los factores económicos tuvieron en el mantenimiento de aquellas colonias euro-

LAS DOS CRUZADAS DEL SIGLO XII

1144 Muerto Fulco de Jerusalén, los musulmanes pueden conquistar el principado de Edesa. El papa Eugenio III apela a Luis VII de Francia y hace predicar la cruzada a San Bernardo de Claraval. Predicando también en Alemania, Bernardo se separa de la voluntad pontificia, aunque consigue la adhesión del emperador Conrado III y de numerosos príncipes.

1147 La Dieta de Francfort pone fin, al menos por el tiempo de la cruzada, a las disensiones entre los príncipes alemanes. Durante la ausencia del emperador se hará cargo de la regencia el arzobispo de Maguncia. Los príncipes sajones son autorizados a seguir el voto de cruzada luchando contra los eslavos aún paganos. El ejército alemán llega a Constantinopla a través de Hungría y Bulgaria. Contra los consejos del emperador Manuel I, Conrado divide su ejército: mientras el grueso, conducido por él, atraviesa directamente el Asia Menor, el obispo Otón de Freising bordea la costa con un pequeño destacamento, que pronto es aniquilado por los turcos en Laodicea. Hostigado constantemente por los turcos, con pocos víveres y diezmado por la enfermedad, el ejército imperial sufre grandes pérdidas y debe retroceder. Mientras Conrado III, herido, permanece en la corte de Manuel I, el resto de sus tropas se unen a las francesas en Nicea. Por vía marítima, Luis VII alcanza Antioquía con una parte de sus caballeros.

1148 El rey de Francia, a quien se ha unido el emperador a finales del invierno, entra en Jerusalén. Dos ataques comunes contra Damasco y Ascalón no consiguen ningún triunfo y hacen renunciar a la finalidad misma de la expedición: la reconquista de Edesa. Mientras, la presencia de la reina Leonor de Aquitania en Tierra Santa ha provocado escándalos que comprometen la eficacia de las operaciones. Conrado III deja Palestina para pasar el invierno en la corte bizantina.

1149 Conrado y Luis vuelven a sus estados. El fracaso militar de la cruzada compromete el prestigio del papado. A partir de este momento, la situación de los estados cristianos de Oriente se hace más delicada, mientras el Islam encuentra un caudillo que sabe coordinar los esfuerzos: Saladino.

1185 Muerte de Balduino IV y apertura de una crisis dinástica en Jerusalén.

1187 Batalla de Hatin. Caída de Jerusalén en manos de Saladino. El papa Gregorio VIII apela a los reyes católicos de Occidente.

1188 Dieta de Maguncia: el emperador Federico Barbarroja organiza la Tercera Cruzada. Auxilio del normando Guillermo de Sicilia a los reductos cristianos en Palestina y Siria.

1189 Acuerdo de Nonancourt entre Felipe Augusto de Francia y Ricardo I de Inglaterra. Federico I parte de Ratisbona hacia Oriente.

1190 Federico Barbarroja en Asia. Creación de la Orden hospitalaria de los Caballeros Teutónicos.

1191 Muerte accidental del emperador en Cilicia. Recuperación de San Juan de Acre por Ricardo Corazón de León. El rey de Francia se retira de la cruzada.

1192 Tregua de tres años entre Ricardo I y Saladino: el reino de Jerusalén en poder de Saladino; los peregrinos cristianos podrán visitar libremente Tierra Santa en pequeños grupos y sin armas.



La ciudad de Acre –en la ilustración, el pequeño puerto con la torre del reloj al fondo– fue el punto neurálgico de las costas palestinas durante el siglo XII. Conquistada en 1104 por Balduino I a los musulmanes, fue tomada por Saladino en 1187 y recuperada posteriormente en la tercera cruzada.

peas. Ya se ha indicado que el papel de las ciudades mercantiles italianas fue grande, aunque sus intereses nunca estuvieron en función de los que mantenían los cruzados. Pero sus naves aseguraron la comunicación con Europa, la posibilidad de guerrear y, lo que es más importante, el comercio exterior de aquellos territorios, al integrarlo en los circuitos mercantiles más amplios que tenían establecidos por todo el Mediterráneo oriental genoveses, venecianos, pisanos, amalfitanos y también catalanes. A trueque de aquellos servicios, obtuvieron franquicias fiscales, barrios y "fondacos" especiales en las ciudades costeras, además de tribunales autónomos.

Es cierto que, por lo demás, no eran aliados muy seguros, tanto por las rivalidades internas que los dividían como por anteponer sus intereses comerciales a cualquier otra consideración, pero precisamente por este último aspecto prestaron el mayor servicio, al potenciar las posibilidades mercantiles que Tierra Santa tenía en su condición de enclave terrestre situado en el centro de las rutas que unían tres continentes y que eran continuamente recorridas por caravanas. El comercio de tránsito fue tal vez su principal riqueza económica: especias, productos tintóreos, marfiles y porcelanas eran los productos más importantes, procedentes todos ellos de Asia.

Sin duda, aquel tráfico obligaba a una benevolencia aduanera y a una cordialidad de relaciones fronterizas con los musulmanes que son el reverso de la medalla de guerras y combates que hemos presentado páginas atrás. Las rentas de aduanas fueron los principales recursos hacendísticos con que contaron los reyes de Jerusalén y demás señores, y tanto más a medida que avanzaba el siglo XII. Aquel comercio alcanzaría su apogeo en la siguiente centuria, a pesar de los contratiempos militares y políticos, a pesar también de que enturbiaba el primitivo espíritu de cruzada, impulsaba a tomar medidas hostiles contra la competencia comercial bizantina y a convivir en paz con el enemigo islámico. Además, no bastaba para suplir la ayuda europea, siempre necesaria, pero contradecía los fundamentos ideológicos en que ésta pretendía basarse.

El espíritu de cruzada había provocado un fenómeno colonial. No lo había deseado, pero era inevitable. Creaba esto una contradicción que se ponía de manifiesto muy claramente en el plano de las realidades económicas. Runciman lo explica magistralmente al demostrar que la historia de los establecimientos europeos en Tierra Santa resulta ininteligible si no se comprenden "las necesidades comerciales y financieras de los colonos y de los mercaderes italianos. Estas necesidades generalmente iban en contra del impulso ideológico que originó el movimiento cruzado. Ultramar se hallaba permanentemente en suspenso sobre un dilema: se había fundado a causa de una mezcla de entusiasmo religioso y sed de aventuras. Sin embargo, si debía mantenerse vigoroso no podía depender de la ayuda continua de hombres y dinero procedentes de Occidente, sino que debía justificar su existencia desde el punto de vista económico, y esto sólo podía alcanzarse si vivía en paz con sus vecinos. Pero la amistad con el Islam parecía una traición a los ideales cruzados y los musulmanes tampoco aceptarían nunca la presencia de un poder intruso en tierras que habían sido suyas. Nunca es fácil decidir entre los postulados contradictorios de prosperidad material y fe ideológica. El hombre no puede vivir sólo de ideología cuando su subsistencia depende de posibilidades más amplias que las contenidas en una estrecha franja de tierra. Los cruzados cometieron muchos errores y su política fue con frecuencia vacilante y variable, pero nadie puede culparles por completo del fracaso en resolver un dilema para el cual no había solución".

¡Qué reflexiones tan actuales sugieren los problemas de aquellos colonos en Pales-

LA CONTRACRUZADA ISLAMICA

El estudio de las cruzadas trae el recuerdo de otro fenómeno en el que se mezclan también los factores religiosos y bélicos, el de la "guerra santa" (Gihād) islámica. La guerra santa, aconsejada por el profeta del Islam como medio de extender la fe y la comunidad de los creyentes, no había sido nunca una obligación fundamental para los musulmanes, pero, sin duda, dio vida a la gran expansión islámica de los siglos VII y VIII. Según las teorías más simples, la cruzada habría sido una versión cristiana de la "guerra santa" y provocaría la réplica inmediata de los musulmanes mediante la puesta en práctica del "Ǧihād". Los hechos no confirman esto, porque las cruzadas fueron, ante todo, peregrinaciones movidas por una mística colectiva, y la actividad bélica a que dieron lugar ha de ser considerada como producto marginal, al menos en los primeros decenios.

Pasaría mucho tiempo hasta que madurase la idea de que era santo y saludable hacer la guerra al Islam porque los musulmanes representaban el ejemplo más sobresaliente de infieles enemigos de la fe católica; y esta idea se desarrolló más, por ejemplo, en España que en Tierra Santa. Por otra parte, la llegada de los cruzados a Siria y Palestina no provocó de forma inmediata una actividad musulmana que pueda considerarse "Ǧihād". Para comprender esto hay que conocer con cierto detalle la situación del próximo oriente musulmán, en especial Siria, en el siglo XI, y el estado en que se hallaba la idea de guerra santa. Por lo general, los historiadores de las cruzadas descuidan tales aspectos, al considerarlas desde un punto de vista exclusivamente europeo.

Siria había sido una de las zonas fronterizas del mundo islámico que soportó mayores guerras contra uno de los grandes enemigos por antonomasia: Bizancio. En Siria, la guerra santa se había mantenido como ideal colectivo hasta mediados del siglo IX; con ciertas alternativas, había atraído a numerosos voluntarios de la fe, que guarnecían los castillos fronterizos, y la convirtió en tierra de elección para los musulmanes que seguían considerando un deber primordial la expansión geográfica de su fe. Pero el avance definitivo de la frontera al Asia Menor, más allá de las estribaciones del Tauro, privó a Siria de su carácter fronterizo.

La crisis de la unidad política islámica en el siglo X contribuyó a relegar en el olvido al primitivo "Ǧihād", porque, aunque la dinastía fatimí de Egipto lo esgrimiera como bandera de combate contra los apáticos abbasíes, de hecho, ellos mismos, como herejes, eran considerados objeto de guerra santa por los musulmanes ortodoxos (sunníes), entre los que se contaban, ya en el siglo XI, los turcos seldyúcidas, dominadores de Siria y Palestina en vísperas de las cruzadas. En resumen, cuando comienza la cruzada habían pasado siglos desde que la idea de "Ǧihād" tuviera repercusiones importantes sobre la mentalidad colectiva de los musulmanes sirios.

Su actitud ante la llegada y los excesos bélicos de los cruzados fue de miedo, de odio incluso, pero no despertó conciencia de guerra santa. Los sirios consideraron en principio la cruzada como prolongación de las anteriores campañas bizantinas o como una reanudación de las mismas, y contribuía a esta creencia el haber utilizado Bizancio, en los siglos X y XI, mercenarios escandinavos, normandos y "francos", que es el nombre con que los musulmanes de Tierra Santa conocerían a los cruzados. No se percibió, pues, ni la originalidad de la cruzada ni su carácter permanente; se pensó, incluso, que se podría integrar a los "francos" en un *modus vivendi* aceptable para todos, una vez pasados los primeros momentos de violencia. Pero con el paso de los años, al prolongarse la presencia y el dominio europeos y al comprobar que no cedía su agresividad, se fueron creando las condiciones precisas para el renacimiento limitado del "Ǧihād" en Siria.

Este renacimiento paulatino acabaría convirtiendo las actividades militares musulmanas contra los europeos en una "contracruzada" ideológica, pero hay que recordar que en aquellas guerras intervinieron por parte islámica otros factores nada despreciables: la xenofobia, mezclada con el miedo a los ataques "francos". El deseo de recuperarse de las pérdidas económicas mediante la adquisición de botín. Y, sobre todo, la esperanza de expansión político-militar y el afán de prestigio de ciertos gobernantes musulmanes, que ven en la práctica y en la propaganda del "Ǧihād" el medio de aumentar su poder político a costa del de sus vecinos.

La guerra santa será utilizada por algunos gobernadores turcos de ciudades sirias como medio de unificación del país. La guerra santa será también un instrumento de propaganda y de lucha utilizado por los ortodoxos sunníes de Siria, vinculados nominalmente al califa de Bagdad, contra los herejes fatimíes de Egipto, y provocó una gran reacción de la ortodoxia contra el fatimismo a lo largo de todo el siglo XII.



A la luz de estas consideraciones se aclara mucho la actividad de Zengi, Nur ed-Din y Saladino. La idea de "Ǧihād" comienza a tomar cuerpo en Alepo, hacia 1120, aunque con dimensiones muy modestas y servida por una propaganda que se limitaba a ciertos medios pietistas. Zengi no estimuló demasiado su desarrollo, preocupado como estaba por otras cuestiones ajenas a la lucha contra los europeos. Pero su hijo Nur ed-Din convirtió la idea de "Ǧihād" en clave de su política, convirtiéndola en manifestación externa de la reacción sunní frente a los fatimíes, como tuvo ocasión de manifestar durante su intervención en Egipto. Nur ed-Din buscó para sus empresas el respaldo religioso de los califas y añadió a los argumentos generales de la guerra santa otros propios del lugar y de la época, en especial el anhelo de recuperar Jerusalén y Palestina, tierras santas del Islam, desarrollando en torno de ellos gran propaganda.

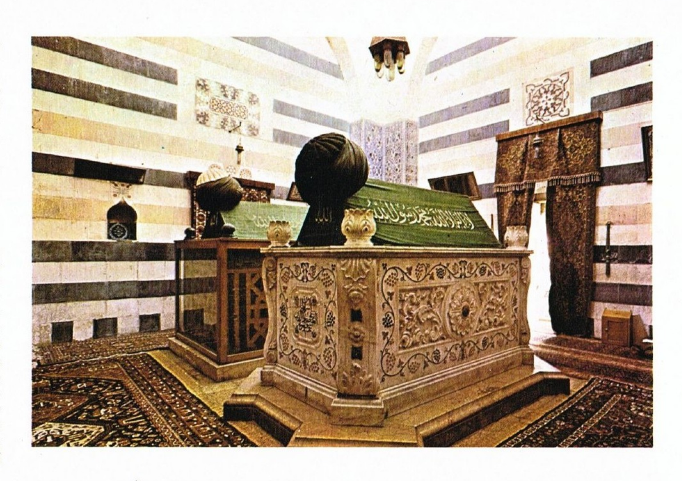
El renacimiento del "Ǧihād" llega a su apogeo con Saladino, en especial tras la unificación de Siria y Egipto en 1183. La guerra santa se convierte en deber colectivo. Se exalta el antagonismo religioso con los cristianos y, por fin, llegan los musulmanes a tener idea de los verdaderos móviles de la cruzada, al comprobar en los "francos" su ardor religioso, el valor que tiene para ellos Jerusalén y la importancia de la ayuda europea dirigida por el papa.

Así, su lucha se sitúa en el mismo plano religioso en que la mantenían los europeos y Saladino exaltará el carácter sagrado que Jerusalén tiene para los musulmanes, elevando la importancia simbólica de la mezquita de al- Aqsa a un nivel casi comparable a los de La Meca y Medina, lugares santos por excelencia del Islam. Y la propaganda del emir utilizará expresiones propias de una auténtica contracruzada: "Ahora que todos los países musulmanes están bajo nuestra jurisdicción o la de nuestros subordinados, debemos, como respuesta a este favor del cielo, dirigir nuestra resolución, utilizar todo nuestro poder contra los malditos francos. Debemos combatirlos en nombre de Dios. Borraremos con su sangre las pisadas con que han cubierto la Tierra Santa" (1183).

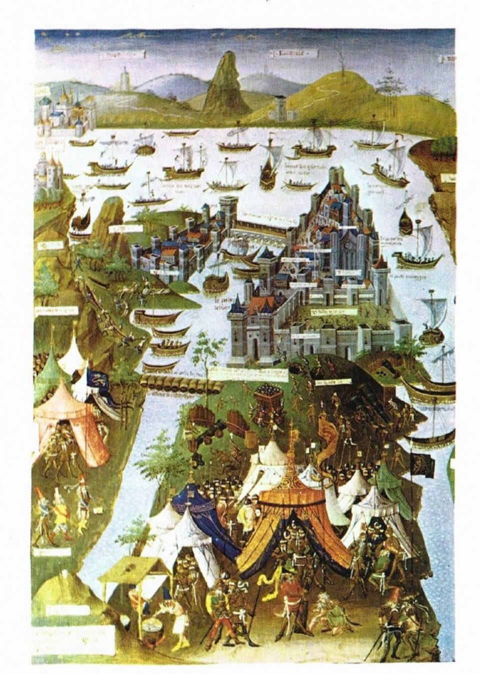
Después del impulso dado por Saladino, el "Ǧihād" decae de nuevo. El estancamiento y la división del mundo islámico impedían que se convirtiese en la tremenda idea motriz de cuatro siglos atrás. Pero aquel momentáneo chispazo había bastado para reducir el poder europeo en Palestina y Siria y para elevar el nivel de la guerra, por parte de los musulmanes, al mismo ambiente religioso en que los francos la llevaban a cabo.

M. A. L. Q.

Mausoleo de Saladino en Damasco. Este gran caudillo musulmán actuó en tierras de cruzada como aglutinante de las fuerzas y voluntad islámicas y debilitó el poder cristiano en aquellos confines de las costas mediterráneas. Su figura es legendaria en el recuerdo de sus correligionarios.



El sitio de Constantinopla, de 1204, en una miniatura del siglo XV (Biblioteca Nacional, París). Entre las víctimas de las cruzadas destaca la ciudad de Constantinopla, conquistada por los cruzados en 1204. Aparte de lo que esta conquista tiene de simbólico, desgraciadamente provocó un saqueo y una destrucción de arte e historia como quizá no los hubo mayores en toda la Edad Media.



tina y Siria! En efecto, con una ayuda europea cada vez más remisa, aquella "estrecha franja de tierra" mostraba claramente su pobreza e insuficiencia. Cuando predicó la cruzada, Urbano II había exaltado la abundancia y riqueza de Tierra Santa, pero su única fuente de conocimientos económicos al respecto era, al parecer, la Biblia, y habían corrido muchos siglos desde que Moisés y su pueblo llegaran a los feraces campos de la tierra prometida.

Los cereales eran escasos, así como los viñedos y el ganado mayor, lo que abría perspectivas alimenticias muy dudosas, aunque las importaciones y el abundante ganado menor cubría en parte esta deficiencia. Además se desarrollaron actividades específicamente orientadas a la exportación hacia Europa: productos y recuerdos piadosos, aceite de oliva, azúcar de caña y tejidos de seda y lino. Es importante observar cómo algunas de estas materias irán avanzando hacia el Oeste de la mano de los mercaderes italianos hasta provocar, en los siglos siguientes, la aparición de nuevos centros productores en Sicilia, en el Mahgreb y en el sur de España. Por último, la madera extraída de los frondosos montes libaneses fue otra riqueza nada despreciable, en especial por su valor para la construcción naval.

Así se fue haciendo la vida y la historia de los establecimientos europeos en aquel ultramar medieval que era el oriente mediterráneo. Los caballeros y los colonos adop-

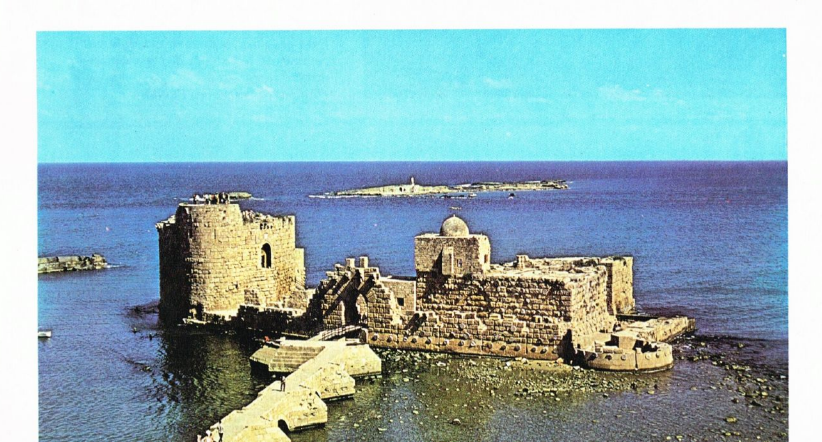
taron formas de vida, costumbres y usos de aquellas tierras. Impusieron a su vez otros. Pero nunca hubo fusión de culturas ni llegó a surgir una sociedad nueva como resultado de su acción. Los europeos formaron siempre un cuerpo extraño a aquellas tierras: tal fue su principal debilidad. Tal fue también la razón de que las consecuencias y aportaciones que las cruzadas trajeron a Europa hayan sido mucho menores de lo que antaño se supuso. Porque si es cierto que la cruzada contribuyó a "forjar una alma común de la cristiandad occidental", y si también lo es que la puso en contacto con formas de religiosidad más complejas, las bizantinas, e incluso heréticas, el maniqueísmo, apenas influyó en otros aspectos de la vida europea.

No resolvió el problema demográfico de Europa, porque de ello se encargaron las grandes colonizaciones interiores de los siglos XI al XIII. No fue factor determinante del auge comercial italiano, catalán y provenzal en el Mediterráneo, que obedeció a factores y circunstancias distintos, aunque coadyuvara en cierta medida a mantenerlo. No fueron causa importante de enriquecimiento técnico e intelectual para Europa, porque los principales beneficios tomados del Islam en este aspecto lo fueron a través de las fronteras comunes en Sicilia y en España. Como fenómeno colonial revistieron todos los inconvenientes de las primeras experiencias: brutalidad de la conquista, oposición prenacional de los mismos europeos que la realizaban, incomprensión y dureza hacia las peculiaridades culturales de musulmanes, armenios y, sobre todo, bizantinos.

Bizancio fue la víctima principal de las cruzadas: la conquista de Constantinopla en 1204 por una expedición europea fue la culminación de aquella historia de mutuas animadversiones. En el plano religioso y eclesiástico, el fenómeno de las cruzadas también iba a tener algunas consecuencias negativas: el fisco pontificio tuvo motivo para hacerse más gravoso en toda Europa. La práctica de las indulgencias comenzó a ser abusiva en ocasiones. El antisemitismo, hasta entonces solapado, salió a luz, provocando las primeras matanzas de hebreos en Europa. Y, sobre todo, se utilizó el nombre y la idea de cruzada para promover acciones cuya razón y origen eran distintos a los de la cruzada auténtica. La creación de las Órdenes militares, por fin, introdujo en Europa un conjunto de fuerzas señoriales que resultó a la larga más perjudicial que beneficioso.

Impulso colectivo, místico y religioso, la cruzada no pudo, no podía, acomodarse dignamente a las demás realidades históricas de su época y por eso creó situaciones de hecho que contradecían su propia esencia. Aquello fue la causa de su desaparición tanto como las transformaciones de la espiritualidad europea en los siglos siguientes. Pero la extinción fue muy lenta, más incluso que la de las instituciones, reinos, poderes e intereses que la cruzada había originado. Hoy, a la vista del balance más bien negativo que acabamos de exponer, puede parecer extraño esto, pero los hombres de aquellos siglos no lo percibieron con tanta claridad, lo que demuestra hasta qué punto fue la cruzada uno de los grandes sueños, una de las grandes ilusiones colectivas de la cristiandad medieval europea.

El Castillo del Mar, enclavado en Sidón, hoy Saida, domina buena parte de la costa del Líbano. Durante las tres primeras cruzadas fue un reducto musulmán de importancia estratégica, pero al empezar el siglo XIII cayó en poder de los Templarios.



BIBLIOGRAFIA

Alphandery, P.	*La cristiandad y la idea de cruzada,* México, 1960.
Goñi, J.	*Historia de la bula de cruzada en España,* Vitoria, 1958.
Grousset, R.	*Histoire des croisades et du royaume franc de Jérusalem,* 3 vols., París, 1934-1936.
Ladero, M. A.	*Las cruzadas,* Bilbao, 1966.
Prawer, J.	*Histoire du royaume latin de Jérusalem,* 2 vols., París, 1969-1970.
Runciman, S.	*Historia de las cruzadas,* 3 vols., Madrid, 1956-1958.
Sivan, E.	*L'Islam et la croisade,* París, 1968.



Esta graciosa miniatura del siglo XIII representa la partida de los cruzados hacia Tierra Santa (Biblioteca Nacional, París).